

tras el medio que le impulsa al crimen continúe idéntico, pero que haga posible retirarle de ese medio deletéreo y colocarle en condiciones nuevas de existencia.

Esta investigación será objeto de un segundo trabajo sobre la *anomalía de los criminales*.

LAS ANOMALÍAS DE LOS CRIMINALES

He dicho en *El delito natural* que nuestra noción del crimen llevaba directamente á la idea de la anomalía del criminal. Los adversarios de nuestra teoría podrían tacharlo de suposición, de afirmación gratuita. De que el criminal haya violado un sentimiento moral, no se deduce necesariamente que tenga una organización psíquica distinta que los demás hombres. El criminal podría ser perfectamente un hombre normal que tuvo un momento de arrebato del que pudo arrepentirse. Nosotros no hemos demostrado que la inmoralidad de la acción sea el observatorio exacto de la naturaleza del agente, ni que éste sea incapaz de los sentimientos que viola. Podría, además, decirsenos que, aun aceptando la teoría naturalista de que la voluntad es una resistencia, «el acto voluntario, según un psicólogo contemporáneo, supone la concurrencia de varios estados conscientes é inconscientes que constituyen el *yo* en cierto momento.» Así, pues, ¿no pueden esos estados de conciencia ser variables hasta producir nuevos actos voluntarios opuestos á los primeros? El criminal de hoy ¿no puede ser el hombre virtuoso de mañana? ¿Cómo se prueba la ausencia completa del sentido moral, la carencia orgánica ó simplemente la debilidad de alguno de los sentimientos altruistas primordiales? La fuerza de ciertos motivos ¿no ha podido, en un momento dado, vencer la resistencia del sentido moral, sin suponer en ciertos hombres una organización psíquica especial?

Contra todas estas dudas, está el hecho decisivo de que nosotros no conocemos sólo al criminal por el acto que rea-

liza, sino por toda una serie de observaciones que demuestran la congruencia del acto con ciertos caracteres del agente, ó sea que esos actos no son fenómenos aislados, sino síntomas de una anomalía moral.

Una rápida ojeada á la antropología y á la psicología criminal nos aclarará este punto.

Aunque, desde la más remota antigüedad, se ha buscado la correlación entre ciertas formas de perversidad y ciertos signos físicos externos, la concepción del criminal como una variedad de la especie humana, como una raza degenerada, física y moralmente, es totalmente moderna y hasta contemporánea. La teoría de Gall es muy diferente de la de los nuevos antropólogos. Este ilustre escritor asignaba á cada tendencia humana un sitio determinado del cerebro, cuyo especial desarrollo reconocía exteriormente por la forma del cráneo en el sitio respectivo. Lo mismo que las buenas tendencias tenían su lugar propio las malas, pero nunca Gall consideró al *criminal* como tipo separado, según han hecho en nuestro tiempo algunos sabios, al crear la *escuela antropológica*, una rama distinta de la ciencia. Las investigaciones más recientes, de Thompson, por ejemplo, de Maudsley, Benedikt, Virgilio, Lacassagne, y, sobre todo, Lombroso, ¿han dado resultados serios? ¿Se ha hallado los caracteres que distinguen á los criminales y á los demás hombres de la misma nación ó raza?

Estos sabios han trabajado aisladamente, cada cual ha seguido su método; sus conclusiones son numerosas y variadas; en muchos puntos existe completo desacuerdo. Los caracteres anatómicos han hallado muchos incrédulos. Para evitar malas interpretaciones, apresurémonos á declarar que no existe hasta ahora la anatomía del criminal. Si hubiera sido posible establecerla, ya no cabría discusión; no se dudaría de la realidad del tipo, como no se duda del malayo ó mongol.

No conocemos un solo carácter físico que distinga constantemente á los criminales; no hemos pasado de anotar cierto número de anomalías físicas, que se encuentran también en los hombres tenidos por honrados, y que ya una, ya otra, ya todas juntas, se hallan *más frecuentemente* en los criminales. Son, en general, desviaciones del tipo eu-

ropeo normal del cráneo y de la fisonomía, con cierto carácter regresivo; como la frente pequeña, estrecha y fugitiva, las prominencias de los arcos de las cejas, el prognatismo, los cabellos lacios ó lanosos, la falta de barba... Se ha observado además frecuentemente la largura excesiva de los brazos y el ambidextrismo.

Lo más notable es que, comparando las dos grandes especies de ladrones y homicidas, algunas de estas anomalías son más frecuentes en los últimos que en los primeros. Lombroso afirma que la capacidad craneana en los ladrones es menor que en los homicidas. Aparte de este rasgo, algo dudoso, ha hallado además en grandes proporciones, entre los ladrones, las anomalías llamadas *submicrocefalia*, *ovicefalia* y *trococefalia*. Dibuja así su fisonomía: movilidad notable de la cara y de las manos, ojos pequeños y vivos, cejas gruesas y aproximadas, nariz roma, frente siempre pequeña y fugitiva.

En cuanto á los asesinos, el abultamiento de las mandíbulas y la largura de la cara en comparación del cráneo, son caracteres muy frecuentes, que Ferri ha explicado muy bien, según la escuela evolucionista, como verdaderos casos de reversion; puesto que, desde los mamíferos inferiores á los antropomorfos, y de éstos á los australianos, á los negros, á los mongoles y á los europeos, se desarrolla progresivamente el cráneo, con disminución proporcional de la cara y las mandíbulas. Del conjunto de la fisonomía del homicida, he aquí el diseño que Lombroso ha hecho, marcadamente distinto del ladrón. «Tiene la mirada fría, cristalizada; alguna vez los ojos inyectados de sangre; nariz frecuentemente aguileña ó encorvada, siempre voluminosa; orejas largas; mandíbulas fuertes; zigomas pronunciados; cabellos lacios, abundantes; colmillos muy desarrollados; labios delgados; frecuentemente movimientos nerviosos y contracciones de un lado de la cara, que descubren los colmillos dando al rostro expresión de amenaza ó de barla».

¿Se quiere comprobar por experiencia propia las afirmaciones de estos antropólogos? Basta con ir á una prisión; las señales que acabo de resumir, distinguirán casi á primera vista los condenados por robo de los condenados por muerte. Por mi parte, apenas me he equivocado dos veces

cada diez. También, como Lombroso y otros, he observado casi siempre labios toscos y gruesos en los autores de atentados al pudor.

Marro, en una obra que acaba de publicar, asigna caracteres particulares nada menos que á once clases de criminales; pero los signos distintivos más importantes no son todos físicos, sino relativos por lo general, á sus pensamientos, costumbres, deseos, grado de inteligencia, instrucción, etc.

Siguiendo con las anomalías puramente físicas, notaremos primeramente que la determinación se ha hecho por su proporción mayor en los criminales que en los otros sujetos comparados. Como este tanto por 100 apenas es el 35 ó el 40, la mayor parte de los criminales no tienen esas anomalías. Este es el gran reproche dirigido á Lombroso, con el que se ha creído derrotarle. M. du Bled, en la *Revista de ambos mundos*, después de citar mi nombre y el de Ferri, y sin negar la importancia de los estudios antropológicos de Lombroso, pregunta: «¿Cómo este sabio habla del tipo criminal cuando él mismo confiesa que en el 60 por 100 no existen esos caracteres?»

Objeciones parecidas se hablan ya hecho y contestado. Lo vital de la cuestión es demostrar que la proporción de las anomalías congénitas es mayor en un número dado de criminales que en un número igual de no criminales. Esto es indiscutible, según los resultados de investigación de muchos sabios. Remitimos al lector á esos trabajos, pero presentaremos algunas de las cifras en que las diferencias son mayores. Entre las anomalías de carácter regresivo, el Doctor Virgilio ha hallado 28 por 100 de frentes fugitivas en criminales vivos; M. Bordier ha hallado una proporción aún mayor en los cráneos de los ejecutados (33 por 100); entre los no criminales esta anomalía no llega más que al 4 por 100. El desarrollo de la parte inferior de la frente ha sido notado por Lombroso, con el nombre de prominencia de las arcadas surciliares y el de senos frontales, en 66'9 de cada cien cráneos criminales; la proporción dada por Bordier se aproxima mucho (60 por 100); Marro la ha hallado en 23 por 100 de los presos y 18 por 100 de los no criminales. El eurynatismo, desarrollo exagerado de los zigomas, es, según Lombroso, el 36 por 100. Marro le halló muy pronun-

ciado en cinco criminales entre 141, y nunca en los no criminales. También nos asegura que, en 13'9 por 100 de criminales, falta la barba en absoluto; entre los no criminales la proporción es de 1'5 por 100. Observa la frente pequeña en los primeros en proporción de 41 por 100 y de 15 por 100 en los no criminales. Lombroso ha hallado muchos casos de microcefalia y de submicrocefalia entre los criminales; pero estas anomalías son muy raras. Ha encontrado también el prognatismo en el 69 por 100, proporción enorme en la raza europea, que, como se sabe, es la menos prognada.

En cuanto á las deformaciones cranianas que se pueden llamar teratológicas ó atípicas, como la plagiocefalia, escafocefalia y oxicefalia, Marro las ha hallado casi por igual entre los presos y los no presos. Se nota además que es más fácil hallar en un mismo criminal que en cualquier otro individuo un conjunto de varias anomalías, sean degenerativas ó teratológicas.

En efecto, Ferri, comparando 711 soldados con 699 presos y condenados, halló sin anomalías el 37 por 100 de los primeros y el 10 por 100 de los últimos; uno ó dos signos irregulares se hallaron en número casi igual; tres ó cuatro existían como en 11 por 100 de los soldados y 33'2 de los reclusos; pero los primeros no presentaban nunca mayor número de anomalías, mientras los reclusos solían tener 6,7 y más.

Existen, pues, diferencias cuya profunda significación es innegable. Poco importa que por ahora no tengan interés práctico, porque no nos permiten distinguir en el montón un criminal. ¿No sucede lo mismo con los tipos de naciones que pertenecen á la misma gran raza? Aunque no tengan caracteres anatómicos constantes, ni sean, por lo tanto, verdaderos tipos antropológicos, todos distinguimos, por ejemplo, el tipo francés y el alemán (1). ¿Qué verdadero rasgo saliente que los caracteriza, como caracteriza á la raza negra ó malaya, ó, en Europa misma, al tipo vasco y al finés? No se sabe; pero hay un conjunto de rasgos que dan á la fisonomía un carácter casi indefinible y permiten reconocer y

(1) TOPINARD.—*Antropología*.

distinguir un grupo, por pequeño que sea, de alemanes, de otro parecido de franceses, slavos ó italianos.

Tarde, que en un luminoso artículo ha expuesto varias dudas sobre ciertos caracteres antropológicos de los criminales, reconoce, sin embargo, la *realidad* del tipo; sólo que él quería distinguirlo, no del hombre *normal*, sino del *sabio*, del *religioso*, del *artista*, del *virtuoso*. Esta idea se abrirá camino acaso, pero hoy es imposible realizarla porque nos faltan datos: sin embargo no faltan para afirmar la realidad del tipo ó tipos criminales, enfrente del hombre no criminal; contraste que quizá se notaría más aún, si fuera posible conocer los antípodas de los criminales, los hombres virtuosos. Contentémonos con las observaciones que se han podido hacer hasta ahora (1).

¿Cabe decir ahora que la antropología criminal está despiastada ó que sus indicios son muy vagos para tomarse en serio?... Con otra añadidura: la frecuencia de las anomalías degenerativas mencionadas es mucho mayor en los grandes criminales (2), autores de los crímenes más terribles con las circunstancias más atroces. Raro es que los asesinos por robo, verbigracia, no presenten algunos de los rasgos más salientes de las razas inferiores de la humanidad: el prognatismo, la frente fugitiva y estrecha, las arcadas surciliares prominentes, etc. Esto se demuestra con numerosos testimonios, que hay á millares en las obras de Virgilio, Lombroso, Marro, Ferri y Lacassagne. Mis experiencias me han confirmado esto también. Elegí una vez cierto número de asesinos notables á quienes nunca había visto, pero cuyos crímenes conocía detalladamente por los datos del proceso; les visité en la cárcel y hallé en todos caracteres dege-

(1) Lombroso afirma que los criminales italianos se parecen á los franceses y alemanes más que cada grupo de éstos á su tipo nacional. Heger declara que sus observaciones le han dado un resultado contrario, pero conviene notar que limitó el estudio á la craneología, sin ocuparse de los caracteres exteriores. Por mi parte, no he podido hacer observaciones directas sobre este punto.

(2) «Los signos anatómicos abundan más entre los criminales célebres que en la población ordinaria de ellos», ha dicho Benedikt, en su notable discurso al Congreso de freniatria de Amberes, de Septiembre de 1885.

nerativos pronunciados (1). Siendo esto exacto, como es, porque rarísima vez faltan esas anomalías en los grandes criminales (2), no ha de extrañar que sean menos marcadas en la criminalidad inferior. Primeramente, no todos los autores de crímenes según la ley, son verdaderos criminales, en la acepción psicológica que damos á esta palabra (3). Además, no debe hallarse anomalías de igual importancia en los delinquentes inferiores, que sólo son tipos desprendidos, menos distintos del común de los hombres, y cuyos crímenes, aunque repugnen moralmente, no parecen absolutamente contrarios á la naturaleza humana; meditando sobre ellos, pensamos que, en ciertas circunstancias, podríamos también cometerlos. Cuando se nos ocurre esta idea, la rechazamos con terror; inútil sí, porque, dado nuestro carácter, no podemos tener jamás el movimiento volitivo necesario; pero sólo el tener un instante la idea de esta posibilidad prueba que hay criminales á quienes comprendemos, que están, por lo tanto, menos lejos moralmente de la generalidad; ¿qué de extraño, pues, que, aun en lo físico, no presenten señales marcadas de degeneración? Sin embargo, el ser menor la anomalía, no es que sea del todo imperceptible. La mala cara indefinible que se llama *patibularia*, es muy frecuente en las prisiones. Raro es hallar en ellas alguien de rasgos regulares, de expresión dulce; la fealdad extrema, repugnante, que no es, sin embargo, verdadera deformidad, abunda mucho en esos establecimientos, y, cosa notable, en las mujeres sobre todo. Recuerdo haber visitado una cárcel de mujeres; de 163 presas, sólo hallé tres ó cuatro con rasgos regulares y una que pudiera llamarse guapa; todas las demás, viejas y jóvenes, eran atrozmente feas. No hay duda de que tal proporción de mujeres feas no existe en ninguna raza, ni en ningún otro medio. También lo ha observado Tarde: «es indudable, dice, que la frente, la nariz rectilínea,

(1) V. mis *Estudios del tipo criminal*.

(2) Así se demuestra también que ciertas anomalías craneanas absolutamente degenerativas, como la frente fugitiva y el prognatismo, se hallan más en los muertos que en los vivos. Los primeros habían sido ejecutados, y eran todos ó casi todos grandes criminales, mientras entre los segundos había muchos criminales inferiores ó simplemente revolucionarios.

(3) *Revista Rlosófica*. (1.º de Enero de 1884.)

la boca estrecha y graciosamente arqueada, la mandíbula oculta, la oreja pequeña y bien colocada de la bella cabeza clásica, forman total contraste con la del criminal, cuya fealdad es en general el carácter más saliente. En 275 fotografías de criminales, no he hallado más que una cara linda, y esa de mujer; el resto es repugnante en general, y las caras monstruosas son muchas (1).»

Y Dostojewsky, hablando de uno de sus compañeros de la casa de trabajos forzados, dice: «Sirotkine era el único penado verdaderamente guapo: sus otros 15 compañeros de la sección de condenados á perpetuidad, eran de horrible aspecto, de fisonomía temible y repugnante (2).»

Por otra parte, probado el importantísimo descubrimiento de las anomalías anatómicas, la imposibilidad de precisarlas con nuestros escasos medios de experiencia, no es razón para que la anomalía física no exista.

«Las acciones psicológicas, dice Benedikt, sólo parcialmente dependen de la forma ó del volumen de los órganos psíquicos; la mayor parte son efecto de fenómenos moleculares, y estamos muy lejos de conocer la anatomía de las moléculas. Por eso el temperamento es asunto fisiológico, no anatómico.»

Adelantaré una idea que quizá se crea atrevida. A mi juicio existe anomalía psíquica, mayor ó menor, en todos los que, según mi definición, son criminales, aunque se trate de delitos generalmente atribuidos á condiciones locales (temperatura, clima) ó á costumbres (bebida), y aun en los producidos por prejuicios de raza, clase ó casta, endémicos, por decirlo así.

II

Sigamos con el método emprendido, empezando por arriba; Lemaire, Lacenaire, Troppmann, Marchandon, los ase-

(1) TARDE. — *La criminalidad comparada.*

(2) DOSTOJEWSKY. — *La casa de los muertos.*

sinos de viejas, los asesinos por dinero, los estranguladores, etcétera. Nadie puede dudar aquí de la insensibilidad moral, que todavía es más señalada en los jóvenes; aquel de 16 años, por ejemplo, que se levantó temprano, fué á la cuadra donde un niño mendigo había pernoctado, le cogió en brazos, le anunció que iba á matarle, y, á pesar de sus ruegos y súplicas, le tiró á un pozo; ó aquel de 12 años de que ha hablado la prensa recientemente, que ha tirado en Berlín por la ventana á su hermanita, confesando cínicamente á los jueces haberlo hecho para desembarazarse de aquella niña que le molestaba, y que además estaba contenta de su muerte.

La anomalía psíquica es muy manifiesta en estos casos, y toda la dificultad está en si la naturaleza de la anomalía es patológica, si es la misma de la locura, ó si debe constituir una nueva forma nosológica, la locura moral (*moral insanity* de los ingleses). Pero esta forma de enajenación es aún dudosa, á pesar de los estudios profundos de Maudsley y Krafft-Ebing, puesto que hay muchos casos en que es imposible encontrar perturbación intelectual alguna. Ha habido que reconocer muchas veces, contra todos los esfuerzos para hallar signos de locura, que el individuo no dejaba intelectualmente nada que desear, que carecía de todo sistema nosológico, salvo la ausencia del sentido moral, y que en la locura, como dice un médico francés, cualquiera que sea la unidad de la inteligencia humana, «el teclado psíquico sólo tiene una nota falsa (1).»

Afirmo, para volver inmediatamente sobre esto, que tales individuos son de naturaleza psíquica distinta, á juicio de cualquiera. Sin embargo, los grandes criminales, esos niños nacidos con un instinto feroz, son casos muy salientes; y descendiendo en la escala de la criminalidad, es natural que la anomalía moral se note menos, aunque debe existir siempre, hasta en el último escalón. *Natura non facit saltum*. Aproximándose al estado normal, en esta serie descendente, los términos más bajos, y siendo por lo mismo muy difícil distinguirlos, es inútil llegar abajo en esa esca-

(1) V. DU BLEU. — *Los enajenados en Francia y en el extranjero.*

la. Elijamos, pues, la clase intermediaria, por ejemplo, los condenados á casas de fuerza.

Hay descripciones completas de sus sentimientos, de su impasibilidad, de la variabilidad de sus emociones, de sus gustos, de su pasión desenfrenada por el juego, por el vino, por la orgía. Su *imprudencia* y su *imprevisión* son dos caracteres que les distinguen principalmente, según la observación, ya vieja, de Despine. Prueba su insensibilidad moral el cinismo de sus declaraciones, aun ante el público de las Asises; los asesinos confesos no vacilan en describir los detalles más horribles; les es indiferente por completo la vergüenza de sus familias y el dolor de sus padres. Son enteramente *incapaces de remordimiento*, no sólo de aquel remordimiento noble que hace Lévy Bruhl consistir, más que en temor al castigo, en desearle y esperarle, como que obliga á pensar contantemente en el mal hecho, sino del que consiste en simple sentimiento, en sufrir una emoción cuando se habla de la víctima.

Serán de dudosa exactitud las observaciones hechas por personas extrañas á su vida; pero glo serán también las de un escritor ilustre que ha pasado entre ellos muchos años, en «la casa de los muertos?» Dostojewsky, haciendo de paso una obra de arte, nos ha dado la psicología completa del criminal; con la particularidad de que el retrato del malhechor slavo, encerrado en una prisión de Siberia, se parece completamente al del malhechor italiano que da Lombroso. «Esta extraña familia, dice Dostojewsky, tenía un aire notable de semejanza, perceptible al primer vistazo. Todos los presos eran indolentes, envidiosos, atrocemente vanidosos, presuntuosos, puntillosos y en extremo formalistas... La vanidad iba siempre en primer término... Ninguna señal de vergüenza ó arrepentimiento... En muchos años no he notado el menor arrepentimiento, ni el más pequeño dolor del crimen cometido... Indudablemente la vanidad, los malos ejemplos, la jactancia, ó el disimulo, entraban por mucho aquí... En fin; durante tantos años, he debido notar algún indicio, aunque ligero, de un pesar, de un sufrimiento moral; pero no he hallado ninguno. Por encima de todo hay que reconocer que ciertos crímenes existirán indiscutiblemente en todo tiempo y lugar, y en toda legisla-

ción, mientras el hombre sea hombre. En la casa de fuerza he oído contar, con risa infantil mal contenida, los hechos más extraños y atroces. No olvidaré jamás á un parricida, que fué antes noble y funcionario. Había arruinado á su padre; un verdadero hijo pródigo. El viejo trataba inútilmente de contenerle, indicándole la pendiente fatal por que iba. Como estaba lleno de deudas, y suponía que su padre tuviera, además de la renta, dinero oculto, le mató para entrar antes en posesión de la herencia. Este crimen no se descubrió en un mes. Durante ese tiempo, el matador, que había denunciado á la justicia la desaparición de su padre, siguió derrochando. Por fin, en ausencia suya, la policía encontró el cadáver en el hueco de un albañal, tapado con tablas. La cabeza cana estaba separada del tronco y apoyada sobre el cuerpo, enteramente vestido; bajo la cabeza, como por irrisión, el asesino había puesto un cojín. El joven no confesó; fué degradado, despojado de sus privilegios de nobleza y enviado á veinte años de trabajos forzados. Todo el tiempo que le he conocido, estuvo muy tranquilo. Era el hombre más aturdido y desconsiderado que he conocido, aunque nada tenía de tonto. No noté en él nunca una excesiva crueldad. Los otros presos le desdeñaban, no á causa de su crimen, sino por su falta de formalidad. Alguna vez hablaba de su padre. Un día, envaneciéndose de la robusta compleción hereditaria de su familia, añadió: «Ved; mi padre, por ejemplo, hasta que murió, no estuvo nunca enfermo.» Tanta insensibilidad moral parece imposible; es, de todos modos, fenomenal. Debe de haber aquí una monstruosidad física y moral desconocida aun para la ciencia; no un simple delito. Yo no creía, naturalmente, en este crimen; pero personas de su mismo pueblo, que conocían todos los detalles de su historia, me lo contaron. Los hechos eran tan claros, que sería insensato no rendirse á la evidencia. Los presos le habían oído una vez gritar entre sueños: «aguardad, aguardad; cortarle la cabeza, la cabeza, la cabeza...»

«Casi todos los reclusos soñaban en alta voz ó deliraban durante el sueño; las injurias, las palabras de la jerga, los cuchillos, las hachas salían á relucir en sus sueños. «Somos gentes destrozadas, decían ellos; no tenemos entrañas; por eso gritamos de noche.»

Esta imposibilidad de remordimiento ó arrepentimiento, como la vanidad y el amor exagerado á la formalidad, son caracteres conocidos por todos los observadores, y Lombroso ha hecho notar que aproximan al criminal y al salvaje. Pero hay caracteres, quizá más señalados, que completan esta semejanza, y que son al mismo tiempo comunes á los niños: «Los días de fiesta, los elegantes se vestían bien: era de verles pavonearse en la prisión. El gusto de verse bien vestidos se parecía en ellos al de los niños. Los reclusos son niños grandes, aquellos vestidos desaparecían pronto; frecuentemente, el mismo día que los compraban los empujaban ó revendían por una bagatela. Las francachelas se solían tener en época fija; coincidían con las solemnidades religiosas ó con la fiesta patronal del recluso respectivo. Colocaba éste un cirio ante la imagen, oraba; después se vestía y pedía la comida. Había comprado anticipadamente comida, bebida, pastelillos; se hartaba como un buey, casi siempre solo; era muy raro que un recluso invitase á un compañero á comer con él. Entonces aparecía el aguardiente; el penado le bebía con exageración, después se paseaba por el patio titubeando, tropicando; tenía gusto en demostrar á sus camaradas que estaba borracho, que se tambaleaba, y que merecía por esto una especial consideración.

Encontramos luego otro carácter infantil, la imposibilidad de reprimir un deseo: «El raciocinio no tiene poder sobre hombres como Pétrof, sino en tanto que ellos quieren. Cuando desean alguna cosa, no hay obstáculos para su voluntad... Estas gentes nacen ya con una idea que toda su vida les lleva inconscientemente á derecha ó izquierda; van así hasta que encuentran un objeto que despierta violentamente su deseo, y entonces no les importa la vida. Algunas veces, me extrañaba ver que Pétrof me robase, á pesar de su cariño hacia mí: esto le ocurría por arranques. Así me robó una Biblia, que le mandé llevar. No tenía más que unos pasos que andar; pero en el camino halló un comprador, vendió el libro, y gastó en aguardiente el dinero. Quizá sentía entonces un violento deseo de beber, y cuando él deseaba algo, tenía que suceder. Un individuo como Pétrof asesinará á un hombre por 25 céntimos, únicamente para tener medio litro que beber; en cualquiera otra ocasión, re-

chazará millares de francos. Me confesó el mismo día el robo, pero sin señal de arrepentimiento ni de confusión, con tono perfectamente tranquilo, como si fuera un incidente ordinario. Traté de reprenderle como merecía, porque me dolió mi Biblia. Me oyó sin irritación, con tranquilidad: convino en que la Biblia era un libro muy útil y sintió sinceramente que me faltase, pero no se arrepintió de haberme la robado; miraba con tal seguridad que pronto dejé de refírle... Sufría mis reproches porque creía que eran justos, que merecía ser reprendido por su acción, que yo debía injuriarle para consolarme de la pérdida; pero en su fuero interno los consideraba majaderías, de que á un hombre serio debía avergonzarle hablar.»

Igual indiferencia respecto de su vida, de su porvenir: «un penado se casará, tendrá hijos, vivirá cinco años en el mismo lugar, y de repente, un día desaparecerá, abandonará á su mujer y á sus hijos, con asombro de su familia y de toda la vecindad.»

Cosa notable: Dostojewsky habla de cualidades excelentes y sólidas de dos ó tres penados, amigos fieles, incapaces de odio... Pero su descripción de las faltas que llevaron allí á esos desgraciados, prueba que no habían cometido verdaderos crímenes, en el sentido antes dado á la palabra.

Habla primero de un viejo creyente de Staradoub, encargado de guardar los ahorros de los presos. «Este viejo, dice, tenía cerca de sesenta años; era delgado, bajo y muy canoso. Al primer golpe de vista me interesó mucho, porque no se parecía á los demás; su mirada era tan plácida y dulce que causaban placer sus ojos claros y limpidos. Solía hablar con él, y pocos hombres he visto tan buenos, tan benévolos. Se le condenó á trabajos forzados por un crimen grave. Varios viejos creyentes de Staradoub (provincia de Tchernigoff) se convirtieron á la ortodoxia. El gobierno había procurado tenazmente que se convirtieran y que animaran á los demás disidentes. El «viejo» y algunos otros fanáticos resolvieron «defender la fe». Se empezó á construir en la población una iglesia ortodoxa y la incendiaron: este atentado costó á su autor la deportación. Aquel burgués acomodado (era comerciante), dejaba mujer é hijos queridos, y, sin embargo, iba con valor al destierro, creyendo ciega-

mente que sufría «por la fe». Viviendo algún tiempo al lado de este dulce viejo, se preguntaba uno involuntariamente: ¿cómo habrá podido revolucionarse? Le pregunté muchas cosas sobre su fe. En nada cedía de sus convicciones, pero no mostraba la menor mortificación en las respuestas. Y, sin embargo, había destruido una iglesia, cosa que él no negaba, como si estuviera convencido de que su crimen y lo que él llamaba «su martirio» eran acciones gloriosas. Había allí otros penados viejos creyentes, siberianos la mayoría, muy desarrollados, astutos, como buenos campesinos. Dialécticos á su modo, seguían ciegamente su ley y gustaban mucho de la discusión. Pero tenían grandes faltas: altaneros, orgullosos y muy intolerantes.

El viejo no se les parecía nada; más fuerte que sus correligionarios hasta en exégesis, evitaba toda controversia. Como era de carácter expansivo y alegre, cuando reía, su risa no era la grosera y cínica de los demás penados, sino dulce y clara, llena de sencillez infantil, en armonía perfecta con su cabeza cana. Quizá me equivoque, pero creo que se puede conocer á un hombre por la risa; si la risa de un desconocido os es simpática, tened por cierto que es un buen hombre. Este viejo había adquirido el respeto de todos los otros prisioneros, y no se envanecía. Los presos le llamaban abuelo, y no se enfadaba tampoco.

Comprendí entonces la influencia que pudo tener sobre sus correligionarios; á pesar de la firmeza con que soportaba aquella vida, se notaba oculta en él una tristeza profunda, incurable. Yo dormía en el mismo encierro que él. Una noche, hacia las tres, me desperté: oí un sollozo lento, ahogado. El viejo estaba sentado sobre la cama y leía su breviario manuscrito. Lloraba. Le oí repetir: «Señor, no me abandones! ¡Señor, dame fuerzas! ¡Mis pobres niños, mis queridos niños, no nos veremos ya!» Es indecible la tristeza que esto me produjo.

Analizando el crimen de este hombre, Dostojewsky no debió asombrarse de sus buenas cualidades. Era, sencillamente, un hombre que defendía la religión de su país contra la invasión de una creencia nueva; acción comparable al delito político. Este viejo creyente era un revolucionario, no un criminal. «Y, sin embargo, había destruido una iglesia»,

dice el autor. Sí, pero sin hacer perecer á nadie en las llamas, sin ánimo de hacer daño á nadie. ¿Qué sentimiento altruista elemental había violado? La libertad de la fe religiosa no lo es. Sentimiento es muy perfeccionado, fruto de un desarrollo intelectual superior; pero no cabe en el término medio de la población. En nuestro entender, el incendio de la iglesia no era un delito natural; era de esos hechos que, aunque punibles legalmente, salen del cuadro de criminalidad que hemos trazado. Ahora bien; este incendiario no criminal, era una de las raras excepciones que el autor hallaba en la degradación moral de alrededor.

Otra excepción es la figura angélica de Alei, un tártaro de Daghestan, condenado por participación en un robo de bandidos, pero en estas circunstancias: Su hermano mayor le mandó un día que cogiera el machete, montara á caballo y le siguiera. El respeto de los montañeses á los primogénitos es tan grande, que Alei no se atrevió á preguntar el objeto de la expedición, ni pudo formar idea de él. Sus hermanos no creyeron necesario decírselo. Evidentemente se trata de un criminal á su pesar. ¿Qué extraño que tuviese un alma bella como el físico? Dostojewsky le llama «ser excepcional», una de «esas naturalezas tan espontáneamente bellas y dotadas por Dios de tan grandes cualidades, que la sola idea de verles pervertidos parece absurda.»

Resta el retrato de un hombre muy honrado, servicial, puntual, poco inteligente, razonador y minucioso como un alemán: Akim Akimytch. El autor le presenta como un modelo de simplicidad; en sus disputas con los otros les censuraba ser ladrones, y les exhortaba á no reincidir. Donde veía una injusticia, intervenía siempre, aunque el asunto no le interesara.

Este no era tampoco criminal. «Había sido alférez en el Cáucaso. Me uní á él el primer día y me contó en seguida su asunto. Empezó por ser *juncker* (voluntario con grado de cabo) en un regimiento de línea. Después de esperar mucho tiempo su nombramiento de alférez, le recibió al fin, y fué enviado á las montañas á mandar un fortín. Un pequeño príncipe tributario de la vecindad incendió esta fortaleza é intentó un ataque nocturno con mal éxito. Akim se valió de la astucia y aparentó desconocer al autor del ataque: se

atribuyó á insurrectos que vagaban por el campo. Al cabo de un mes, invitó un día al príncipe á visitarle. Este llegó á caballo, sin sospechar nada; Akim formó sus tropas, descubrió ante ellas la felonía y la traición del visitante; le censuró su conducta, le probó que incendiar un fuerte era un crimen vergonzoso, le explicó minuciosamente los deberes de un tributario; después, como remate de la arenga, le mandó fusilar, é informó en seguida á sus superiores de la ejecución, con todos los detalles necesarios. Se instruyó proceso á Akim, pasó á Consejo de guerra y fué condenado á muerte; conmutada la pena, se le envió á Siberia, como forzado de segunda clase, es decir, condenado á doce años de fortaleza. El reconocía que había obrado ilegalmente, que el príncipe debió ser juzgado civilmente y no por procedimiento marcial. Sin embargo, no acertaba á comprender que esa acción fuese un crimen.

«Había incendiado mi fuerte, ¿qué iba yo á hacer? ¿agradecérselo?» Eso respondía siempre.

Akim Akimytch tenía razón; había usado de un derecho de guerra, castigando con muerte la traición. La ejecución era merecida. Sólo su ignorancia le había hecho creer que podía constituirse en consejo de guerra, juzgar y condenar regularmente á un bandido. Lo que él hizo ilegalmente, por su poca inteligencia, que no le permitía conocer los límites de su autoridad, lo hubiera hecho igualmente un Consejo de guerra; el principillo tributario no hubiera escapado al fusilamiento.

Creo que estos son los tres únicos ejemplos de hombres buenos y honrados que Dostojewsky encontró en sus muchos años de reclusión, los únicos que no le inspiraron disgusto, que se hicieron sus amigos, que no tenían el cinismo y la inmoralidad de los demás. No tenían caracteres de criminales; no habían hecho más que desobedecer la ley; no eran culpables de lo que, en nuestro entender, forma el verdadero crimen. Estas excepciones, pues, confirman la regla, y apoyan nuestra teoría del delito natural y del tipo criminal.

III

Omitiremos ciertos síntomas de orden psicofísico, como la escasa sensibilidad general, la anagenesia, la reacción vascular poco común, porque son trabajos apenas empezados y no bien observados; á pesar de sus resultados satisfactorios, hay que esperar más tiempo para que sirvan á nuestra teoría. Notemos sólo que el grado inferior de sensibilidad para el dolor parece demostrado por la facilidad con que los presos se someten al tatuaje.

Pasemos á un hecho evidéntísimo: la herencia. Hay genealogías notables: la de Lemaire y la de Chretien, por ejemplo; la de la familia Ynke, que tiene 200 ladrones y asesinos, 288 enfermos y 90 prostitutas, descendientes del mismo tronco en 75 años; su abuelo Max era borracho.

Thomson, de 199 condenados, halló 50 parientes entre sí, y de ellos, ocho de la misma familia, que descendían de un condenado reincidente. Virgilio, de 266 criminales, ha hallado 199 afectos de esas enfermedades propias de la degeneración, escrófulas, caries, necrosis y tisis, la mayor parte procedentes de herencia; con la importante particularidad, en sus datos, de transmitirse el crimen, por línea recta ó colateral, en el 32'24 por 100 de los condenados que examinó.

Pensando ahora en los muchos casos que se ignoran, por dificultad directa de investigar la herencia colateral, y en la imposibilidad general de subir en la investigación más allá del abuelo, estas cifras deben ya probar la ley hereditaria del crimen. Más aún: el mismo sabio observa que, entre 48 reincidentes, que, por lo general, son los verdaderos criminales, 42 tenían caracteres de degeneración congénita. Marro añade observaciones muy curiosas. Entre los criminales el 24 por 100, y entre los criminales el 32

por 100, descienden de padres viejos; los asesinos por su parte llegan al 52 por 100; los homicidas en general al 40 por 100; los estafadores al 37; mientras que los ladrones y los autores de atentados al pudor no llegan á la cifra media.

Explica estas desproporciones por las alteraciones psíquicas de la edad madura, el egoísmo creciente, el espíritu de cálculo, la avaricia, que deben dibujarse necesariamente en los hijos y darles predisposición á las malas tendencias. De ahí que los asesinos y homicidas, que tienen pocos sentimientos afectivos, y los estafadores, que necesitan prudencia y deblez, den proporciones tan altas, mientras el robo las da muy inferiores, porque nace de la tendencia al placer, á la orgía, á la ociosidad, que es un carácter de la edad en que dominan las pasiones.

El mismo autor ha hallado en los criminales un promedio de 41 por 100 hijos de borrachos, y de 16 por 100 en los no criminales; tenían hermanos condenados 13 por 100 de los primeros y 1 por 100 de los otros. Son, pues, de esperar conclusiones cada vez más irrecusables. Y, ¿cómo no, si las transmisiones de los caracteres degenerativos son las más comunes y si hasta los adversarios del positivismo reconocen que la herencia se «muestra más en claro á medida que los fenómenos se acercan más al organismo; que es muy fuerte en los actos reflejos, en los casos de celebración inconsciente, en las impresiones, en los *instintos*; y decreciente y más vaga cada vez en los fenómenos de sensibilidad superior?...» (1). La herencia criminal figura, pues, señaladamente en este cuadro, trazado por un espiritualista. Si el crimen revela la falta del sentido moral en su parte menos alta, menos pura, menos delicada, más cercana al organismo, la tendencia ó la predisposición al crimen deben transmitirse por herencia como las demás del mismo género. No se trata de un fenómeno de sensibilidad superior, sino al contrario, de la sensibilidad moral más común, que debe faltar necesariamente á los hijos de los desprovistos de ella. Si caben excepciones á una ley biológica, extendida tan

(1) CARO. — *Ensayos de Psicología Social*.

universalmente á los seres, como la herencia, no es aquí seguramente donde están.

La antigüedad, aun sin nuestras estadísticas, tuvo la intuición de las grandes leyes naturales; más sabia que nosotros, pudo hasta utilizarlas. Familias enteras eran declaradas impuras y proscritas. Conviene hacer aquí una observación bastante singular: la de las maldiciones bíblicas que alcanzaban hasta la quinta generación. La ciencia moderna ha justificado este límite, enseñando que un carácter muy marcado, en el bien como en el mal, no persiste en una familia más allá de la quinta generación; lo cual, por otra parte, explica un tanto la decadencia de todas las aristocracias. (1).

Probada la naturaleza congénita y hereditaria de las tendencias criminales, no extrañarán las cifras enormes de la reincidencia, que la escuela correccionalista atribuía inocentemente al estado de las prisiones y á la mala organización del sistema penitenciario. Ya se ha visto que el perfeccionamiento del sistema ha sido casi indiferente en la proporción de la reincidencia: La reincidencia es la regla, la enmienda del criminal la excepción. Las cifras oficiales no dicen toda la verdad, porque los delincuentes de profesión aprenden más fácilmente á quedar impunes, porque suelen ocultar sus nombres, y porque, en fin, los *Códigos limitan la reincidencia á casos particulares*, una vez la reincidencia específica, otra partiendo de una condena á más de un año de prisión, etc., y á pesar de esto, la reincidencia legal llega al 52 por 100 en Francia, 49 por 100 en Bélgica y 45 por 100 en Austria. «Son los mismos individuos, ha dicho un autor; que cometen siempre los mismos crímenes.»

IV

Hay ya pocos sabios que nieguen en absoluto la existencia de tendencias criminales innatas, pero muchos las reducen á algunos casos patológicos, y creen que la gran ma-

(1) RIBOT. — *La herencia psicológica*.